

DIARIO DE LA
GUERRA, por
Salas Vín

NUESTRAS FIESTAS

24 octubre

En estos días en que están de descanso las Brigadas, hemos tenido nuestras fiestas los soldados de la 47 División. Se está terminando el Campeonato deportivo. Hemos estirado bien nuestros músculos al sol: ejercicios gimnásticos, carreras, jugando al fútbol, tirando la barra o a la cuerda. Me siento como nuevo. Luego ha habido su poco de baile con las chicas de los pueblos. El divertirse también fortifica.

El caso es que hoy, a pesar de esta lluvia fina que se mete hasta los huesos y que está cayendo toda la tarde sin dejarlo, me siento contento como nunca, lleno de alegría, aunque no pueda apenas moverme de entre cuatro paredes, con lo que esto me fastidia.

¡Qué distintas son estas fiestas de ahora, hechas para nosotros los soldados, de aquellas que se celebraban en los tristes patios cuarteleros del Ejército antiguo! Me acuerdo de cuando mi hermano, que *sirvió al Rey* en 1928, se vestía su casacón azul y sus pantalones colorados para ir de comparsa en las formaciones que para su lucimiento organizaban sus orondos jefes. Porque era este papel de triste comparsa de la vanidad ajena el que correspondía a los soldados cuando había fiesta.

Que era el día de la Patrona: al coronel le tocaba montar a caballo (sólo lo hacía para tan solemne ocasión y para la Jura), y a mi hermano calarse el ros con el pompón bien tieso y aguantar toda una mañana a pie firme la presencia del coronel. Lo que le daba derecho a un plato de un supuesto arroz con leche, que era en lo que se distinguía el rancho extraordinario del

normal. A veces se llegaba hasta a repartir puros "mataquintos". Y se acabó la fiesta.

Nuestras fiestas tendrán menos empaque, serán—muchas lo son—más ingenuas, más sencillas, pero los soldados de aquellas abigarradas paradas no sentían la alegría que yo ahora siento, que sentimos nosotros después de nuestros partidos de fútbol, de nuestras estupidas *reuniones* en cualquier Hogar del Soldado de cualquier pueblecito de la Sierra.

EL BARBERO POETA

25 octubre

Después de todo, no había por qué maravillarse; si no de poetas, de coplistas han tenido siempre mucho los barberos; sin embargo, me sorprendió, y no poco, tropezarme de manos a boca en la peluquería de Hoyo de Manzanares con el poeta.

Me lo dijo otro compañero que también se afeitaba. "Este, además de barbero, es poeta; sabe hacer versos." "Sí, yo soy poeta", y siguió tirando tranquilamente de navaja.

Le pregunté cómo se llamaba, de qué pueblo era y qué versos le gustaban más. Todo esto por preguntarle algo, porque lo que yo quería era pedirle sus versos y no sabía cómo; me parecía violenta la situación, sobre todo porque al que estaba afeitando, según demostraba su media cara untada de jabón que me dirigía tan feroces miradas desde el espejo, le hacía poca gracia todo aquel charloteo sobre poesía. Pero el propio muchacho me los ofreció. Tenía los bolsillos completamente llenos de papeles, que aunque a mí me parecían todos poemas,

